

I

Parada frente a la mancha negra en la bañera, me pregunto otra vez el significado de mi obsesión con la limpieza. El agua continúa borrando lo impreso y yo allí, desnuda, con los ojos fijos trato de encontrar esa esponja azul que odio tanto. No por el hecho de que sea azul sino por su función en nuestras pequeñas vidas; la sangre se revuelve en mis venas, sólo quiero apreciar esos raros minutos, aislada, sin hablar, sin pensar. Y otra pregunta me ahoga: ¿cuándo llegará el día en el cual mis pensamientos no existirán? ¿Por qué, sin quererlo, me encuentro cada minuto de mi existencia con algo en la mente? Algo tan trivial, sin importancia, sin espíritu en el pensamiento robótico de este mundo. Bajo el agua me siento bien, una especie de retorno a la matriz. Un calor agradable, una humedad sofocante, similar al sauna donde todos se miran los unos a los otros, cuerpos decrepitos, hablando de la lluvia

y del sol, de la película que vieron anoche, pero yo allí en mi microcosmos.

De repente, me llega la imagen de mi madre. Esa obsesión la he adquirido por culpa suya. Pienso que mi reacción a la mancha es instintiva, como ese día en el que terminé con él. No, no, lo de la limpieza no es así. Una fuente de emociones me invade. Como el gato que te está mirando y por frustración te imaginas que trata de decirte algo. ¿Me entiendes, Quemasco? Pues qué barbaridad, nunca entiendes nada, hoy no será distinto. Ya jamás podré olvidar esta mancha negra. Aunque esta vez, al encontrar la esponja, la sonrisa no se me puede escapar. La prueba me ha llegado. Esta vez, aunque mi madre la percibiera como mancha borrable, yo la percibo como historia. La historia. Permanencia. Además, habría una sola perspectiva. Pero al retrasar esta historia, cada vez más, se me olvida la percepción original. Es decir, pierdo horas y horas repasando las imágenes en la mente. Una frustración inexplicable. ¿Por qué sólo una cámara puede reproducir gesto por gesto, mirada por mirada, lo que al principio yo he visto, vivido? No obstante, esa frustración también me pone alegre.

Fíjate, Quemasco, si mi memoria no lo reproduce con exactitud, nunca sabrán lo que ocurrió con el anciano. ¿Me entiendes, Quemasco?

II

Qué cuarto más estéril. El frío penetra mi cuerpo como ese cuchillo que me diste. Al salir de la casa, la memoria incesante de la ópera. Tus ojos mirando la escena con Mimi muriéndose. Ni una emoción se te veía. Caminando con Clara, otra vez discutiendo esa relación incestuosa. Y este niño con el brazo amputado. Todos hablándome. ¿Pero tú, Quemasco, por qué me persigues?

Todavía no lo he justificado. Tampoco me puedo acordar con exactitud de lo que ocurrió ese día de diciembre. Ustedes piensan que lo hice, me dijeron que tenía razón. Y ahora ni uno de ustedes lo quiere discutir. He querido escribirlo para nunca olvidar. Ni las palabras lo expresan adecuadamente. Ya no trato más.

Al salir del baño me arreglo rápidamente. Sólo tengo unos diez o quince minutos para llegar al trabajo. Un trabajo tan aburrido. Tantos años de estudios para hacerme preguntas, todos pretendiendo que usemos nuestras capacidades

intelectuales. Una masturbación organizada. Pero pertenecemos a la elite. ¡Somos los privilegiados! Pensamos en la ópera, en los principios filosóficos, leemos los últimos libros. Comida. ¿Qué me pasa? Al caminar hacia el edificio, Joaquín me persigue. ¿Qué quieres de mí? Ya te estás muriendo, tu amante te está matando día tras día.

III

Es lunes. Hoy me di cuenta de que todas las caras son una. Joaquín me lo demostró. Un amante, dos amantes, cien amantes; un padre, dos padres, cien padres; lo mismo para la madre, lo mismo para el amigo, el hijo y seguimos. Yo soy tú, él es yo. Todos incestuosos. Todos amputados. Todos ciegos. Me lo dijiste. Caminas por las calles esperando tu muerte. Te aburres, por eso te inventas historias, metas, citas, preocupaciones, diversiones. Todo eso sin darte cuenta de que el verano te hace tonta. Qué raro que busques el verano en todos lados...

Este camino hacia el edificio nunca termina. Ya conozco cada rama de cada árbol, cada piedra frente a la iglesia. Esa iglesia tan espantosa. A veces me imagino rezando allí. En una iglesia tan fea. De seguro Dios nunca la visita. Quizá antes era una mezquita. No, seguro que no. Antes no era lugar sagrado, ahora lo es. Pues mi bañera es sagrada. Creo

que rezaré allí; desnuda, por supuesto. Veremos si eso le enfada. Creados desnudos, ahora avergonzados. Me pregunto si es mejor hablarle a viva voz o con pensamientos. No, no es posible. No me puede leer los pensamientos. Sabría todo. Las peculiaridades de mi personalidad, mi hipocresía, mis mentiras, mi sexualidad híbrida, cosas que aún no quiero divulgar. Faltan dos cuabras para llegar al infierno. Tengo que apreciar el aire. Aire cargado de memorias, de fantasmas, de opresión, de sarcasmo. Qué suerte que él no tenga que respirar más. ¿Por qué no quieren ustedes discutirlo? El psicólogo nos diría que tendríamos que hablar para aceptar y para vivir sin culpabilidad. Pero qué sabe mi psicólogo. Primero me saca dinero para ayudarme, luego se acuesta conmigo para asegurarse de que lo necesitaré más. Basta con éste, tendré que buscar otro. Quizás una mujer esta vez. Una fea para que no me dé deseos. Bueno, ya no puedo pensar más en él. Me fastidia preocuparme con el pasado. No soy culpable. Y este Joaquín, cada vez más pálido, más flaco. Llegando a la discoteca, desnudándose, bailando con los párpados cerrados, sudando, esperando el amanecer, olvidando el presente. La ayuda es mentira, la ayuda es imaginación. Ahora me doy cuenta de que era demasiado cándida.

Cada domingo, al entrar en el edificio -- paredes blancas, olores de desinfectante, luz artificial, viejos mirando por la ventana, gritos,

lágrimas-- el niño me mira. Ahora entiendo. Hace más de cinco mil años que vivo. Lo que veo hoy, lo vi antes. No recuerdo los detalles. Quizá escogí olvidarlos. Es como comer una manzana. Tantas manzanas que he comido, tantos sabores. Siempre como si fuera la primera vez. Cada vez el sabor es distinto. En este caso no me engaño. Todos hemos comido más de una manzana, eso no se puede negar. Pero sí que es fácil negar el pasado. Negar lo vivido. En vez de negar, olvidamos. Nos convencemos. Pues no. Tantas situaciones, en cada ocasión pensando que son especiales, propias de su tiempo: en otro lugar, en otro siglo, en otro idioma, en otra sala, en otra cama, en otro ataúd.

He pensado ser incinerada. La visión de mi piel quemándose como un pollo en las llamas, chisporroteando, olores inaguantables, con mi alma adentro, me provoca un bienestar espiritual. Me parece mejor que lo que le sucedió a él. ¿Y qué hay con aceptar todo lo que nos dijeron? Después de que uno muera, el alma se va. ¿Ah sí? Pues, ¿qué pasa si la mía sale demasiado tarde? ¿O si no tengo alma? Debería concluir que mi medio ambiente contiene millones de almas tomando vacaciones. No tenemos almas. Por lo menos espero que él no la tenga. No quiero justificarme. El enchufe.